

EL SEÑOR CATALAN
PROFESOR DEL COLEGIO ESTUDIO

Ha salido a la luz un libro trascendente. Se trata de una biografía sobre Miguel Catalán, científico español de la más brillante trayectoria, al que nuestro país conoce poco. Su autor, Gabriel Barceló Rico-Avelló, que fue alumno suyo en el Colegio "Estudio", ha investigado en la trayectoria de una vida aciaga.

Cuando finaliza la primera década del siglo XXI, esa trayectoria hay que enmarcarla dentro de lo que a finales del siglo XIX supuso la irrupción del krausismo en nuestro país. Fueron Francisco Giner de los Ríos y un grupo de importantes profesores universitarios quienes la abanderaron.

Con enormes dificultades, en 1876, fundaron la Institución Libre de Enseñanza cuyo objetivo fundamental consista en establecer una pedagogía alejada del poder político y totalmente ajena a los postulados estatales y religiosos.

De ese vivero nace una nueva manera de enseñar fundamentalmente basada en el cultivo de la ciencia y el amor al trabajo.

Miguel Catalán, hijo de catedrático de instituto y con un expediente académico extraordinario en el bachillerato comienza, desde muy joven, a interesarse por esa corriente ideológica liberal y a compartir sus ideales.

Un arranque necesario para seguir las peripecias del hombre que con la misma brillantez que en el bachillerato, llega a la Facultad de Química de Zaragoza y logra una licenciatura con las más altas calificaciones.

Gabriel Barceló, ahonda en esa vida y con la firmeza y sobriedad que se ha propuesto al escribir su obra, va desgranando, paso a paso, el cúmulo de problemas que la jalonan.

Al entrar en la estructura de una biografía técnicamente compleja, pero meridiana en cuanto al interés que despierta en el lector, el libro no es solo una historia humana increíble sino también un homenaje de agradecimiento al profesor inolvidable.

Dedicado a difíciles tareas de Física y a una ardua ingeniería, avalados por el logro de duras oposiciones y trabajos extra literarios, Gabriel Barceló, aparece como autor de amplio recorrido, trazo firme y profunda objetividad

Ante una existencia tronchada por la peor de las guerras, Catalán, vejado en su persona y en su labor investigadora, no es conducido por el camino fácil: el de la ternura patética, que tanto vende. Barceló no se concede la mínima licencia y opta por decir, lisa y llanamente, lo que fue el existir de quien hizo del sufrimiento un acicate para seguir siempre en la brecha. En semejante escritura, ese saber contar sin adjetivos innecesarios, da a la prosa de Gabriel, un valore inestimable.

Porque la historia que se narra pudiera ser el argumento de una gran novela de dolor y pesimismo. Sin embargo el autor ha huido de todo artificio, para que sea el lector quien juzgue hasta qué grados de maldad llegan los malvados y hasta que cotas de sublimación alcanzan los hombres de alta espiritualidad.

Está Catalán veraneando en San Rafael, pueblo paciente de la serranía segoviana. Casado con Jimena Menendez-Pidal, se aloja en casa de sus suegros.

Don Ramón, presidente de la Real Academia de la Lengua y eminente filólogo, el 17 de Julio debe estar en Madrid. Miguel lo lleva en su coche. A la vuelta ya sabe que ha estallado la sublevación. A los pocos días, con la guerra en todo su furor, el matrimonio cierra la casa y se refugia en El Espinar, el pueblo próximo.

En momentos tan cruciales aventurar que puede deparar el destino es una quimera. Cree que quizás Segovia sea una siguiente opción pero no es así. Suplica una plaza de profesor suplente en el Instituto. Es acusado de espía al servicio de la República, asunto que pudo suponer su muerte. La Junta de Burgos le niega salir de España, cuando los investigadores de diferentes países se disputan su presencia para

que siguiese trabajando en su labor investigadora. Así se produjeron algunas de las tremendas vejaciones que hubo de sufrir reiteradamente.

Y eso fue lo que recibió como pago por los trascendentales descubrimientos realizados en Londres, en los años veinte y gracias a los que penetró después en los misterios del átomo, siendo considerado desde entonces en el mundo como uno de los más importantes físicos cuantistas y habiendo llegado en 1934 a ganar la cátedra de “Estructura atómica molecular y Espectroscopia” en la Facultad de Ciencias de Madrid.

Cuando la debacle se ensañó con las mejores lumbreras, Miguel Catalán estaba presentido como futuro premio Nobel. Zancadillas ignominiosas lo impidieron.

Al terminar la guerra, el notable investigador fue separado de su cátedra y hubo de buscar un trabajo inapropiado como simple químico industrial.

De ese calvario lo libera Jimena, la fiel esposa siempre alerta. Ella, con otras dos amigas funda, contra todo pronóstico, el Colegio “Estudio” en 1940, tras vencer inicuas. Y es ella, la que convence a su marido para que abandone su trabajo de químico industrial y se sume a la plantilla de profesores ilustres que el colegio va acopiando.

Maravillosamente bien contado, Gabriel recuerda la aparición de Catalán como enseñante de la asignatura de “Física y Química”, que fue un acontecimiento. El profesor tiene un prodigioso sentido de la pedagogía. Sabe mantener la atención de la clase y en cuanto esa atención decae, surge la anécdota, o el extraño aparato, o el experimento físico o químico, que encanta a la muchachada. Tan importante es su manera de enseñar que terminado el bachillerato la mitad de los alumnos optan por estudiar carreras de ciencias.

Porque Catalán no solo se limitó al ámbito de aula. Salió a la calle con sus alumnos. Les hizo recapacitar sobre la ciudad, amplió el tema a interesantes excursiones: Andalucía, Extremadura, etc. Y fue siempre un consejero y un amigo.

Barceló cuenta sus singularidades. Se desplazaba al colegio en bicicleta. Vestía de manera informal. Adivinaba tristezas y problemas. Era un ser excepcional. Por eso debió suponer un cataclismo en el colegio en día que se anunció su muerte. Cubrió un silencioso espeso todas las aulas. Ocurrió en un momento en que Miguel Catalán había recuperado su cátedra y parecía que sus males aminoraban. Pero así es el destino de los seres humanos tantas veces inexplicable.

Gabriel Barceló ha logrado un hermoso libro, absolutamente fidedigno, avalado en todas sus aseveraciones por testimonios irrefutables. Cartas, documentos, secretos, testimonios de personas que vivieron determinados hechos y una importante cantidad de pruebas gráficas que nos acercaron al personaje de una manera entrañable.

En otra ocasión he dicho que Barceló ha escrito un libro importante, de los llamados a pervivir en el memoria y en el tiempo. Lo reitero. Porque la labor del hombre que supo como nadie poner en acción a sus alumnos sacándolos de la clase para enseñarles el mundo no se extinguirá. Eso lo sabe bien Gabriel, desde el esfuerzo que su obra significa en horas de limpia escritura y en tiempo de inestimación.

El mundo debe conocer el homenaje que la Unión de Astrofísica Internacional rindió a Catalán en 1970 dando su nombre a un cráter de la luna como reconocimiento a sus investigaciones astronómicas.

Justo Merino Belmonte